

M. de Chateaubriand á M. de Talaru.

París 9 de junio de 1824.

Ya no soy ministro, mi querido amigo; dícese que lo sois vos. Cuando os obtuve la embajada de Madrid, dije á muchas personas que todavía lo recuendán. «Acabo de nombrar mi sucesor.» Deseo haber sido profeta. M. de Villele despacha interinamente los asuntos del departamento de Negocios Extranjeros.

CHATEAUBRIAND.

M. de Chateaubriand á M. de Rayneval.

París 16 de junio de 1824.

He concluido, caballero; espero que permaneceréis mucho tiempo en vuestro puesto. He procurado que no tengais motivos de queja contra mí.

Es posible que me retire á Neufchatel, en Suiza; si esto sucede, pedid anticipadamente en mi favor la proteccion y las bondades de S. M. prusiana; ofrezcad mis respetos al conde de Bernstorff, mi amistad á M. Ancillon y mis cumplimientos á todos vuestros secretarios. A vos, caballero, os pido creais en mi afecto y muy sincera adhesion.

CHATEAUBRIAND.

M. de Chateaubriand á M. de Caraman.

París 22 de junio de 1824.

He recibido, señor marqués, vuestras cartas del 11 del actual. Otros, no yo, os señalaran el camino que debéis seguir en lo sucesivo; si es conforme á lo que habeis oído, os llevará lejos. Es probable que mi destitucion cause gran placer á M. de Metternich, por espacio de quince dias. Recibid, señor marqués, mi despedida y la nueva seguridad de mi afecto y mi alta consideracion.

CHATEAUBRIAND.

M. de Chateaubriand á M. Hyde de Neuville.

París 22 de junio de 1824.

Sin duda habeis ya sabido mi destitucion. Solo me resta deciros que me consideraba muy feliz, manteniendo con vos unas relaciones que acaban de romperse. Continúad, caballero y antiguo amigo, prestando servicios á vuestro país; pero no conteis demasiado en el agradacimento, y no creais que vuestros merecimientos sean una razon para manteneros en el puesto que tanto honrais. Os deseo, señor mio, toda la prosperidad que mereceis y os doy un abrazo.

P. D.

Acabo de recibir vuestra carta del 5 de este mes, en que me dan parte de la llegada de M. de Merona. Os doy gracias de vuestra buena amistad y estad persuadido de que todo esto es lo que busco en vuestra correspondencia.

CHATEAUBRIAND.

M. de Chateaubriand á M. el conde de Serre.

París 25 junio 1824.

Mi destitucion os habrá probado, señor conde, lo imposibilitado que me hallo para servir, y que solo ya con buenos deseos puedo contribuir á veros en el sitio á donde vuestros talentos os llaman. Yo me retiro

considerándome feliz por haber contribuido á devolver á la Francia su independencia y por haber introducido la septennialidad en su sistema electoral. Ciertamente que todavía no es lo que yo quisiera, el cambio de edad parecia ser una consecuencia necesaria; mas el principio queda ya establecido, y el tiempo hará lo demás, si es que no lo deshace. Me atrevo á lisonjearme, señor conde de que no habeis tenido que lamentaros de mis relaciones, y por mi parte me felicito siempre de haber encontrado en el despacho de los asuntos una persona de vuestro mérito.

Recibid, etc.

CHATEAUBRIAND.

M. de Chateaubriand, á M. de La Ferronnais.

París 16 junio 1824.

Si por casualidad os hallais todavía en San Petersburgo, señor conde, no quiero terminar nuestra correspondencia sin deciros todo el aprecio y amistad que me habeis inspirado; pasado bien; sed mas dichoso que yo, y contad conmigo en todas las circunstancias de la vida. Escribo una palabra al emperador.

CHATEAUBRIAND.

La contestacion á esta despedida llegó á mis manos en los primeros dias de agosto. M. de La Ferronnais habia admitido una embajada bajo mi ministerio, y posteriormente yo á mi vez fui embajador, cuando él era ministro, sin que ninguno de los dos hubiésemos creído ascender ó descender. Como compatriotas, hemos sabido hacernos justicia mutuamente. M. de La Ferronnais ha sufrido las mas duras pruebas sin quejarse, y ha permanecido consecuente á sus sufrimientos y en una noble pobreza. Despues de mi caída hizo por mí, en San Petersburgo, lo que yo habria hecho por él en igual caso. Un hombre honrado está siempre seguro de ser comprendido de otro que tambien lo sea. Me considero dichoso en poder reproducir ese interesante testimonio de valor, de lealtad y de elevacion de alma de M. de La Ferronnais. En el momento en que recibí ese billete, sentí una recompensa muy superior á los favores muy caprichosos y venales de la fortuna, y esta es la primera ocasion en que he creído deber violar el honroso secreto que me recomendaba la amistad.

M. de La Ferronnais, á M. de Chateaubriand.

San Petersburgo 4 julio 1824.

El correo ruso que llegó antes de ayer, me entregó vuestra carta del 16, que la considero como la mas preciosa de todas las que he tenido la dicha de recibir de vuestra mano: la conservaré como un título que me honra, y tengo la firme esperanza y la íntima conviccion de que no tardaré en poderosla presentar en circunstancias menos tristes. Imitaré, señor vizconde, el ejemplo que me dais, y no me permitiré ninguna reflexion acerca del suceso que de un modo tan brusco y poco esperado, acaba de cortar las relaciones que el servicio habia establecido entre nosotros; la naturaleza misma de esos servicios, la confianza con que me honrais, y finalmente, otras consideraciones mucho mas graves, puesto que no son exclusivamente personales, os explicaran los motivos y toda la extension de mi sentimiento. No acierto á explicarme lo que acaba de suceder; ignoro absolutamente las causas, pero veo sus efectos, que siendo tan fáciles y tan naturales de prever, admira cómo no han causado temor al que se ha atrevido á provocarlos. Conozco la nobleza de las ideas que os animan, y la pureza

de vuestro patriotismo, y por eso estoy seguro de que no podreis menos de aprobar la conducta que he debido creer seguir en las presentes circunstancias. No he hecho mas que cumplir con lo que me mandaba el deber, y mi amor al país y al interés de vuestra gloria. Sois demasiado francés para aceptar en la situacion en que os hallais, la proteccion y el apoyo de los extranjeros; os habeis adquirido para siempre la confianza y el aprecio de la Europa; pero es á la Francia á quien servís, y á ella sola es á quien perteneceis. Puede esa nacion ser injusta; pero ni vos, ni vuestros verdaderos amigos, consentiran nunca que sea menos hermosa y bella vuestra causa, confiando su defensa á manos extranjeras. Ante ese interés general, he acallado toda especie de sentimiento, y de consideraciones particulares; he prevenido pasos, cuyo primer efecto debia haber sido el suscitar peligrosas divisiones entre nosotros y el atentar contra la dignidad del trono. Este es el último servicio que aquí he podido hacer antes de mi partida, y del cual solo vos, señor vizconde, tendreis noticia. Os debia esta confianza, pues conozco demasiado la nobleza de vuestro carácter, para no estar convencido de que me guardareis el secreto y que mi conducta en las actuales circunstancias, os parecerá conforme con los sentimientos que teneis derecho de exigir de aquellos que honrais con vuestro aprecio y amistad.

Adios, señor vizconde: si las relaciones que he tenido la dicha de mantener con vos, han podido daros una exacta idea de mi carácter, ya debéis saber que no son los cambios de situacion los que pueden influir en mis sentimientos, y por lo tanto, no dudareis en ningun tiempo del afecto y adhesion de quien en las circunstancias del momento se cree el mas afortunado de los hombres en poder figurar á los ojos del público entre vuestros amigos.

LA FERRONNAIS.

P. D.

Los señores de Fontenai y de Pontcarré, agradecen en extremo el recuerdo que os dignais conservarles, y como que son testigos del aumento de consideracion que Francia habia adquirido desde vuestra entrada en el ministerio, es natural que participen tambien de nuestras ideas y nuestro sentimiento.

XXV.

Examínase un cargo.

Puesto que hemos sido naturalmente llevados por el asunto de España, hasta el punto de hablar de nuestra caída del ministerio; puesto que nuestro pensamiento ha retrocedido hácia lo pasado, y puesto que penosas memorias se han reproducido en nuestra mente, séanos lícito examinar un cargo que con frecuencia se nos ha hecho, culpándonos de haber contribuido á la caída de la monarquia legitima. Habiendo sepultado en nuestras *Memorias* lo que hemos creído deber callar acerca de nuestra vida, tendríamos un pesar de desaparecer de este mundo sin haber dado explicaciones sobre tan grave acusacion. Tratemos, pues, de aliviarnos, de un peso tan molesto.

Los sucesos ocurridos en el ministerio de que formamos parte, tienen una importancia tal, que parecen enlazarlo con la suerte comun de la nacion; no hay un francés, cuyo destino afectado por el bien ó el mal que le hemos podido hacer. Por extrañas é inexplicables contingencias, por relaciones secretas que alguna vez enlazan los grandes destinos con los destinos vulgares, han llegado los Borbones á tal grado de prosperidad, que se han desdeñado escucharnos, aunque nos hallamos distantes de creer, como el poeta, que nuestra elocuencia *ha dado limosna á la monarquia*. Al momento que creyeron deber romper

la caña que crecia al pié del trono, la corona ha balanceado y no ha tardado en venir al suelo: muchas veces por solo arrancar una simple gerbecilla, se ha derrocado una gran ruina.

Cada cual explicará como mejor le parezca, esos hechos incontestables, y aunque den á nuestra carrera política un valor que no tienen en sí mismos, compréndase que estamos muy ajenos de engrirnarnos por ellos; no nos causa, no, una fúnebre complacencia la casualidad que aduna nuestro efímero nombre con los sucesos de los siglos. Cualquiera que sea la variedad de incidente de nuestra azarosa vida, cualquiera que sea el punto donde hayamos fijado nuestros nombres y la huella de nuestros hechos, siempre será cierto que el último término del cuadro estará en un horizonte amenazador y sombrío.

..... «Juga cepta moveri.
Silvarum visoque cones ululare per umbram.»

Pero si la escena ha cambiado de un modo deplorabile, ¿no debemos acusarnos, segun dicen, mas que á nosotros mismos? Para vengar lo que nos ha parecido una injuria, hemos introducido divisiones, causando por último la ruina del trono. Reflexionemos.

M. de Villele declaró que no podia gobernar ni con nosotros ni sin nosotros. Con nosotros, era un error; sin nosotros, en la época que M. de Villele lo decia, era cierto, pues las opiniones mas diversas nos componian una mayoría.

El señor presidente del consejo nunca nos habia conocido: nuestra adhesion á su persona era enteramente sincera; nosotros contribuimos á que subiera al ministerio, como lo demuestra un billete que todavía conservamos, y en el que el duque de Richelieu nos daba las gracias. Presentamos nuestra dimision de plenipotenciarios en Berlin, cuando M. de Villele se retiró. Persuadiéronle que al volver á entrar por segunda vez en el ministerio, nosotros deseábamos el puesto que ocupaba; muy distantes nos hallábamos de semejante intencion. No pertencemos á la raza intrépida sorda á la voz del afecto y la razon. Lo cierto es que no tenemos ambicion ninguna; precisamente es la pasion que nos falta, porque tenemos otra que nos domina. Cuando suplicáramos á M. de Villele presentara al rey algun despacho importante para evitarnos la molestia de ir á palacio, y á fin de poder tener el gusto de visitar una capilla gótica en la calle de *Saint-Julien-le-Vieux*, podia haberse desengañado de nuestra ambicion, pues veia con evidencia nuestro candor pueril, ó la elevacion de nuestros desdenes.

Nada nos agradaba en la vida positiva, no siendo tal vez el ministerio de Negocios Extranjeros; no éramos insensibles á la idea de que la patria nos debería en lo interior la libertad, y en lo exterior la independencia. Lejos de pensar en derribar á M. de Villele, acabáramos de decir últimamente al rey: «Sire, M. de Villele, es un presidente lleno de instruccion; V. M. debe conservarlo eternamente al frente del consejo.»

M. de Villele no echó de ver esto que estamos diciendo: nuestro espíritu podia aspirar á la dominacion, pero estaba á su vez dominado por nuestro carácter; halláramos placer en la obediencia, porque nos desembarazaba de nuestra voluntad. Nuestro pecado capital es el tedio, el disgusto de todo, y la duda incesante. Si se hubiera encontrado un soberano que comprendiéndonos, nos hubiera retenido por fuerza en el trabajo, habria conseguido tal vez sacar algun partido de nosotros; pero es muy rara la ocasion en que el cielo aduna en un solo hombre la voluntad y el querer. Por último, ¿puede hoy suceder alguna cosa que merezca que uno se tome la molestia de levantarse de la cama por ella? Quédate uno dormido al rumor de las monarquias que crujen para caer durante la noche, y nos despertamos por la ma-

ñana al ruido de las ruinas que se barren delante de nuestras puertas.

Después de nuestra despedida, ¿no habría sido mejor que hubiéramos llamado? La brutalidad del procedimiento ¿no nos había vuelto á conquistar las simpatías de los salones y del público? M. de Villele ha dicho que la orden de destitución se había retrasado: esa casualidad produjo la desgracia de que no nos fuera entregada hasta que ya estábamos en palacio: acaso fue así, pero cuando se juega deben calcularse las probabilidades del juego: sobre todo no se debe escribir á un hombre que valga algo, una carta que nos avergonzara de dirigir á un lacayo á quien se plantara en la calle sin consideración y sin remordimientos. Tanta era la indignación del partido de Villele contra nosotros, que quisieron apropiarse nuestra obra, diciendo que nos habíamos metido á tratar de materias de que nos suponían ignorantes.

Sin duda con silencio, y como moderación (como decían), habríamos merecido alabanzas por parte de



LUIS XVIII.

partidos, á tascar el freno, y hasta en votar, según la ocurrencia, por el ministerio, y en ostentar magnanimidad estando rabiando; oposición de imbecilidades amotinadas entre los soldados y de vergonzosas capitulaciones entre los gefes. En tanto que Inglaterra ha marchado por el buen camino, nunca ha tenido mas que una oposición, y esa ha sido la sistemática: se entraba ó se salía con sus amigos; al dejar los bancos del ministerio se pasaba á los de la oposición. Como se creía que la retirada no podía provenir sino de no haber querido adoptar un sistema, necesario era seguir combatiéndolo. No representando los hombres mas que principios, la oposición sistemática no quería triunfar sino de estos aun cuando por necesidad tenía que combatir á los hombres que los representaban.

Por otra parte, desde que M. de Villele se había separado de nosotros, la política había sufrido variación: el ostracismo, contra el cual la sabiduría del presidente del consejo estaba luchando, lo había separado de su terreno. La contrariedad que sufría por parte de las opiniones interiores, y del movimiento de las opiniones exteriores, lo había traído á un estado de irritación; de aquí nació el haber puesto trabas á la pren-

sa, el haber disuelto la guardia nacional de París, etc., etc.

¿Debíamos dejar perecer la monarquía para adquirir fama de una moderación hipócrita que estaba en acecho de su propio interés? Creímos, con toda sinceridad, que de ningún modo nos sería dable cumplir mejor con nuestro deber que combatiendo al frente de la oposición, demasiado atentos al peligro que veíamos por una parte, y no bastante afectados por el que veíamos venir del lado contrario. Cuando M. de Villele cayó, se consultó nuestra opinión acerca del nombramiento del nuevo ministerio. Si hubieran aceptado los hombres que propusimos, el general Sebastiani, M. Casimir Perrier, y M. Royer Collard, es probable que las cosas se hubieran sostenido. No quisimos aceptar el ministerio de Marina, y por ruego nuestro se dió esa cartera á nuestro amigo Hyde de Neuville: tampoco quisimos admitir la cartera de Instrucción pública que se nos ofreció por dos veces; nos habíamos propuesto no volver á formar parte del ministerio á menos que se nos brindara con la presidencia. Fuimos á Roma á buscar entre las ruinas *otro yo mismo*, pues hay en nuestra personalidad dos seres muy distintos y que nada tienen que ver el uno con el otro.

La idea que teníamos del gobierno representativo, nos hizo entrar en las filas de la oposición; la oposición sistemática nos parece ser la única á propósito para este gobierno. La oposición llamada de *conciencia*, es ineficaz. La conciencia puede arbitrar un hecho *moral*, pero no juzga un hecho *intelectual*; forzoso es colocarse bajo un gefe, apreciador de las buenas y de las malas leyes. ¿No es así? entonces no faltarían diputados que tomarían su necesidad por su conciencia, y la depositarían en la urna. La oposición llamada de *conciencia*, consiste en flotar entre los

No tenemos reparo en hacer francamente esa confesión; no nos justifica el exceso de resentimiento si se nos mide según la regla y la venerable palabra de virtud; pero nuestra vida entera puede servirnos de excusa.

Siendo oficial del regimiento de Navarra, vine desde los bosques de América á colocarme al lado la legitimidad fugitiva, para combatir en sus filas contra mis propias ideas, sin convicción y solamente por cumplir con el deber de soldado, y solo porque habiendo tenido el honor de montar en Versalles en las carrozas del rey, me creía particularmente consagrado al servicio de un monarca que me había dispensado favorable acogida. Ocho años permanecí emigrado en tierra extranjera y apuré toda clase de miserias.

Pagado ese amplio tributo volví á Francia en 1800.

Bonaparte me buscó y me dió una colocación; mas al saber la muerte del duque de Enghien, otra vez me volví á consagrar á la memoria de los Borbones. Nuestras palabras sobre la tumba de las Princesas en Trieste reanimaron la cólera del distribuidor de coronas, y me amenazó de hacerme matar á sablazos en las escaleras de las Tullerías. El folleto de *Bonaparte y los Borbones* le valió á Luis XVIII, según confesión propia, mas que cien mil soldados. En algunas páginas acerca de la llegada del soberano á Compiègne nos anticipamos á remediar el efecto que en los granaderos de Napoleón podían producir las debilidades de un rey sentado que venía á reemplazar el puesto de un emperador, siempre á caballo. A beneficio de la popularidad que entonces gozábamos, la Francia anti-constitucional comprendió las instituciones de la monarquía legítima.



EL MARISCAL FOY.

Durante los *Cien Días* la monarquía nos vió siempre á su lado en Gante, en su segundo destierro. Finalmente, por la guerra de España contribuímos á sofocar las conspiraciones, á concentrar la opinión bajo una misma bandera, y á dar á nuestra artillería su verdadero alcance. Nadie ignora lo restante de nuestros proyectos; ensanchar nuestras fronteras y dar en el Nuevo Mundo nuevas coronas á la familia de San Luis.

La larga perseverancia que hemos manifestado en esas ideas era tal vez acreedora de algunas consideraciones. Sensible á la afrenta no me podía perder enteramente de vista lo que con razón debía considerarse como mérito, ni olvidar que era el restaurador de la religión y autor del Genio del Cristianismo.

Crecía necesariamente nuestro despecho al pensar que una mezuquina rencilla hacia perder á nuestra patria la oportunidad, que quizás no volvería á tener, de engrandecerse. Si nos hubieran dicho: «Vuestros planes serán seguidos; sin vuestro concurso se llevará á cabo el proyecto que habeis trazado,» no habríamos vacilado en sacrificar nuestra conveniencia personal en obsequio de los intereses de la Francia. Pero des-

graciadamente no podíamos tener esperanza de que se siguieran nuestros planes; así lo demostraron los acontecimientos.

Tal vez nos engañábamos, mas por de pronto estábamos en la inteligencia que el señor conde de Villele no comprendía las aspiraciones de la sociedad que dirigía. Estamos convencidos de que las sólidas cualidades de ese hábil ministro habrían sido adecuadas á la presente época; mas para el período de la restauración puede creerse que M. Villele había aparecido demasiado pronto. Las operaciones financieras, las compañías mercantiles, el movimiento industrial, los canales, los barcos de vapor, los caminos de hierro, las carreteras, y una sociedad material que no desea sino paz, que no sueña sino en comodidades de la vida, que mira el porvenir como una prolongación del día de hoy, en un orden de cosas semejante, en una sociedad afectada de esos intereses, M. de Villele habría sido rey. Quiso ese ministro una época que no podía ser suya porque aun no había llegado, y por honor propio no quiso aceptar la que en realidad era la que existía. Bajo la restauración todas las facultades del alma estaban en acción; todos los partidos soñaban en rea-

lidades ó en quimeras, avanzaban, retrocedían y se atropellaban en medio del tumulto; nadie quería permanecer fijo en el puesto que ocupaba; á ningún espíritu le parecía en medio de aquella agitación que la legitimidad constitucional pudiera ser última expresión de la república ó la monarquía. Bajo los pies en el seno de la tierra parecía sentirse bullir ejércitos y revoluciones que se presentaban ofreciendo extraordinarios destinos. M. de Villele no podía menos de haber advertido ese movimiento; forzosamente tenía que haber visto crecer las alas que impeliendo á la nación la iban á devolver á su elemento al aire, al espacio, propios de su inmensidad y ligereza. M. de Villele quiso retener á esa nación en el suelo, fijarla en las regiones inferiores; no era posible que el ministro tuviera fuerzas para conseguirlo. Yo por el contrario quería ocupar á los franceses con proyectos de gloria; me proponía conducirlos á la realidad por medio de ensueños; eso es lo que la Francia ama.

Mejor sería tener mas humildad, prosternarse mas, ser mas cristiano; pero desgraciadamente somos propensos al error, y no tenemos la perfección evangelica. Si alguno nos da un bofetón, no le presentaremos seguramente el otro carrillo: si, ese hombre era súbdito nuestro, tomaríamos su vida, ó tendría ocasión de tomar la nuestra, si era un rey...

Si hubiéramos previsto el resultado de semejante marcha es indudable que nos habríamos contenido; la mayoría que aprobó la frase sobre *negativa de concurso*, no lo hubiera hecho si hubiese previsto las consecuencias de su votación. Nadie, excepto unos cuantos hombres, deseaba formalmente una catástrofe. No hubo mas que un simple motín, y la legitimidad lo transformó en revolución; solo ella tuvo la culpa del ataque legal, y cuando llegó el momento careció de inteligencia, de tino y de la resolución que la podían salvar. Pero todo se redujo á la caída de una monarquía, otras muchas caeran en pos de ella; no le debíamos mas que nuestra lealtad; la posee.

Habiéndonos adherido á sus primeras adversidades, nos hemos consagrado también á sus últimos infortunios; la desgracia nos encontrará siempre dispuesto á defenderla. Hemos renunciado empleos, pensiones, honores, y á fin de no tener que pedir á nadie cosa alguna, hemos empeñado nuestro fétetro. Jueces austeros y rígidos, virtuosos é infalibles realistas que habeis sabido mezclar un juramento con vuestras riquezas, como soleis mezclar la sal con los manjares de vuestro festín para que no se echen á perder, tened un poco de indulgencia respecto de nuestras pasadas amarguras, ya que hoy las estamos expiando de un modo que ciertamente no es el vuestro. ¿Creeis que á la hora de la noche en que el hombre atareado reposa, no sienta el peso de la vida, cuando gravita enteramente sobre él? Y sin embargo hemos podido dejar de sustentar ese peso; hemos visto á Luis Felipe en su palacio desde el 1.º al 6 de agosto de 1830; y solo de nosotros ha dependido el no prestar atención á generosas palabras; tal vez habríamos podido volver al ministerio de Negocios Extranjeros, tal vez se nos habria facilitado el volver á la embajada de Roma, tentación la mayor de todas para un visitante de ruinas y un parroquiano de la soledad. A pesar de eso preferimos conservar las cadenas, tanto mas apretadas, cuanto que ya se habian roto.

Posteriormente, si hubiera cabido en nosotros el arrepentimiento de haber obrado bien, habríamos podido retroceder del primer impulso de nuestra conciencia. M. Benjamin Constant, hombre tan poderoso en aquella época nos escribió en 27 de setiembre. «Me seria mas grato escribiros sobre asuntos que se refirieran á vuestra persona, que no sobre cosas mías; en aquello que os escribiera seria mucho mas interesante. Quisiera poder hablaros de la pérdida que habeis hecho sufrir á la nación, retirándoos de sus destinos despues de

haber ejercido en ellos tan noble y provechosa influencia. Mas no seria discreto el tratar de esa manera cuestiones personales y por consiguiente gimiendo como todos los Franceses debo respetar vuestros escrúpulos.»

No nos parecia haber cumplido todavía con nuestros deberes; hemos defendido á la viuda y al huérfano, y hemos sufrido un encausamiento y una prisión que el mismo Bonaparte en sus mayores arrebatos de cólera no nos llegó á imponer. Nos presentamos entre nuestra dimisión al morir el duque de Enghien y nuestro grito por el niño abandonado; nos presentamos apoyándonos en un príncipe fusilado y un príncipe proscripito; esos son los que con sus débiles brazos sostienen los nuestros faltos de vigor por la edad. Realistas ¿os presentais vosotros tan bien acompañados?

Pero cuanto mas hemos estrechado nuestra vida con los vínculos del afecto y del honor, tanto mas holgada hemos dejado á nuestra opinión; hemos cambiado la libertad del espíritu por la libertad de las acciones; esa libertad del pensamiento ha vuelto á refundirse en su naturaleza. Ahora, independientes de toda traba, apreciamos los gobiernos y lo que valen. ¿Podrá creerse en los reyes del porvenir? ¿Podrá creerse en los pueblos de la actualidad? El hombre sabio é inconsolable de este siglo sin convicciones, no encuentra un miserable reposo mas que en el ateísmo político. Sonria la juventud meciéndose en agradables esperanzas; muchos años tendran que pasar antes de llegar al término. Las edades caminan hácia el nivelamiento general; pero no apresuran el paso segun lo desearíamos nosotros: el *Tiempo es una especie de Eternidad adecuada á las cosas mortales*: no aprecia en nada las razas, ni sus dolores para las obras que lleva á cabo.

XXVI.

Madama la Delfina.

De todo lo que se acaba de leer resulta que si se hubiera hecho lo que sin cesar hemos estado aconsejando; si mezquinas envidias no hubiesen preferido su satisfacción á la de la Francia; si el poder hubiese apreciado mas las capacidades relativas; si los gabinetes extranjeros, menos obstinados en su odio anti-constitucional, hubiesen creído como el czar Alejandro que no podía la monarquía francesa salvarse sino apoyándose en sus nuevas instituciones; si estos gabinetes no hubiesen alimentado en la autoridad restablecida, la desconfianza del espíritu de la Carta, resulta de todo eso, decimos, que la legitimidad seguiria ocupando aun el trono de Francia. Mas lo que ha pasado; ha pasado: en vano es querer retroceder, ni ocupar el puesto del día que ha transcurrido y que en pos de sí se ha llevado todo lo que en él dejamos, hombres, ideas y circunstancias.

La partida se ha perdido. Los resultados de la guerra del 1823 compelidos á demasiada distancia para que pueda esperarse la realización de lo que dejaron de hacer, no llegaron á su completa terminación. Como la Francia no prosiguió engrandeciéndose cerca de la península, esta que por un momento se halló en la esfera de nuestra atracción, se ha separado ya totalmente. El oleaje de las revoluciones ha vuelto á extenderse sobre los dos países y los ha inundado de nuevo; la victoria del señor duque de Angulema no hizo mas que embriagar á la legitimidad. Ese es el daño que la mezquina envidia pudo hacernos; con nuestra ruina consiguió suscitar divisiones que en último resultado han sido tan fatales á la monarquía restaurada. No quiera Dios que al hablar de mezquina envidia designemos á M. de Villele; no tratamos de recordar mas que las medianías que lo importunaron; hacemos relación á los que prepararon el casamiento de Isabel con alguno de los hijos de Francisco II ó de Jorge III. Por lo demás si

alguna vez hemos andado algo exagerados al tratar de nuestra defensa legitima, confesamos plena, sincera y francamente nuestra injusticia: cuando uno está herido, desaparecen las cualidades del hombre y no se ven mas que sus imperfecciones.

M. de Villele ha sido hombre vigilante, de paciencia y de sangre fria; sus recursos fueron infinitos. En la hacienda y en la contabilidad estableció un orden que seguirá subsistiendo. Dejando aparte el porvenir y la parte elevada de los asuntos, cosas que importaban poco á Villele, era imposible haberse manejado con mas finura, mas claridad, ni mas firmeza. Tal vez para ocupar el primer puesto no le faltaban mas que ciertas frivolidades útiles, ciertas cualidades de oportunidad; es lástima ciertamente que no hubiese adivinado cuánta falta podian hacerle nuestros defectos; en ellos hubiera encontrado el complemento de lo que carecia.

M. de Villele y mi persona eran los únicos ministros que convenian á la restauración; nunca debia haberse desprendido del uno ni abandonado al otro. Pero estaba escrito que al verse tan constantemente favorecida, habia de dejar escapar todos sus elementos.

En Carlsbad nos tomamos el año 1832 la libertad de aconsejar á madama la Delfina llamará á M. de Villele cerca de Enrique de Francia. A una objeción amistosa de esta princesa creimos deber contestar:

«Yo he tenido que quejarme de M. de Villele; pero me creeria indigno de mí mismo si despues de la caída del trono, siguiera abrigando en mi pecho resentimiento de esas mezquinas rivalidades. Bastante daño han causado ya nuestras divisiones; estoy pronto á pedir perdón á los que me han ofendido. Suplico á MADAMA tenga á bien creer que no hablo de este modo por ostentación de una falsa generosidad, ni por miras de prevision en el porvenir. ¿Qué podria yo pedir á Carlos X en su destierro? Aun cuando llegue alguna vez á restablecerse la restauración ¿no me hallaré ya en mi tumba?»

MADAMA me miró con afabilidad y se dignó alabarnos con estas solas palabras: «Está muy bien, M. de Chateaubriand.» En sus ojos habia como un velo de lágrimas.

Los mas preciosos momentos de nuestra larga carrera son lo que madama la Delfina nos permitió estar á su lado. En el fondo de aquella alma el cielo habia depositado un tesoro de magnanimidad y de religion, que las prodigalidades del infortunio no habian podido agotar. Tenia á mi vista la hija que el rey mártir habia estrechado contra su corazón al ir á recibir la palma; el elogio tiene algo de sospechoso cuando se dirige á la prosperidad; pero refiriéndose á la princesa tan conocida por sus infortunios, la admiración se hallaba en su verdadero terreno. Ya lo hemos dicho; las desgracias de esa mujer llegaron á tanta altura, que se han convertido en una de las glorias de la revolución. Por consiguiente alguna vez hemos encontrado destinos bastante elevados para decir sin temor de ofenderlos nuestro pensamiento acerca del estado futuro de la sociedad; con aquella señora se podía hablar de la suerte de los imperios, pues sin sentimiento de perderlos habia visto pasar á los pies de su virtud todos esos reinos de la tierra, de los cuales algunos se habian derrocado bajo los pies de su raza.

XXVII.

Ultima consideración sobre la guerra de España.—La restauración.—Carlos X.—Enrique y Luisa.—Resúmen.

Hemos dado una idea del congreso de Verona, derecho y objeto de nuestra intervención. El error histórico á que el público habia sido impulsado puede haberle corregido, pues todavía no está ese error consagrado por el tiempo, y ni el amor propio, ni mo-

tivos tan poco elevados como él tienen interés de hacerlo vivir. Hoy la guerra de España es un hecho ya consumado; á un mundo ha sucedido otro mundo; la monarquía (absoluta) ha desaparecido en Francia y en España. Por consiguiente la expedición de 1823, por muy interesante que hubiese podido ser para la sociedad, no puede despertar ni prolongar espíritu de partido. Esa expedición abortada no puede provocar otra que el sentimiento de haber sido malograda.

Cuando nos encargamos de la dirección de las relaciones exteriores, la legitimidad iba por primera vez á quemar pólvora bajo la bandera blanca, iba á disparar su primer cañonazo despues de aquellos cañonazos del imperio cuyo estampido llegará á resonar en la última posteridad. Si la legitimidad retrocedia, su ruina era inevitable, si no triunfaba mas que á medias, se hacia ridicula. Pero abarcar de un solo paso la España, salir airoso, allí donde Napoleon se habia estrellado, triunfar en aquel mismo suelo donde los ejércitos del hombre del destino habian sufrido contratiempos, hacer en seis meses lo que aquel no habia podido hacer en siete años, era un verdadero prodigio. Ese prodigio hubiera admirado á la Francia, así como admiró á la Europa, si no nos hubiesen cegado las preocupaciones.

Supongamos á Fernando VII reinando de una manera razonable en Madrid bajo la férula de la Francia; supongamos las fronteras del Mediodía de esta nación en seguridad, no pudiendo ya la Iberia vomitar sobre nosotros la Austria, ó la Inglaterra; figurémonos dos ó tres monarquías borbónicas en América, haciendo, en beneficio nuestro, contrapeso al comercio é influencia de los Estados-Unidos ó de la Gran Bretaña; figurémonos el gabinete francés habiendo reconquistado su antiguo poder hasta el punto de exigir una modificación en los tratados de Viena, recobradas nuestras antiguas fronteras extendidas en los Países Bajos y en los antiguos departamentos germánicos, y dígasenos si por tales resultados merecia ó no haberse emprendido la guerra de España; dígasenos si las injurias de los folletos y las declamaciones de la tribuna no parecían prevenciones de ánimos que no tenían idea del asunto, ó que tenían una guerra que produjera buenos resultados por la enemistad que profesaban á la legitimidad.

Hoy se dice que los sistemas se hallan ya agotados, que no se puede salir de un círculo vicioso, que los caracteres carecen de expresión y los ánimos estan cansados, que nada se puede hacer; que nada se puede encontrar; que no se presenta ningún camino; que el horizonte está cerrado; todo eso es cierto, pero es cuando el observador no se mueve de un solo punto. Avanzad; atreveos á desgarrar el velo que os envuelve y mirad, si es que el miedo no os hace cerrar los párpados.

La mayor parte de los resultados que acabamos de decir se habian conseguido ya: la Francia se habia salvado de la conspiración de los carbonarios civiles y militares; Fernando habia recobrado su libertad; un ejército se habia organizado con la escarapela blanca, el asunto de las colonias abria tan vasto campo que la España consentia en aceptar el arbitraje de Europa. No es ciertamente á los hombres que vencieron en los campos de Marengo, de Austerlitz y de Gena, á quienes hay que alabar la expedición del duque de Angulema en la Península, esa expedición tiene un carácter particular. Una guerra silenciosa sucede á los estrepitosos combates del imperio; esa guerra se consuma de la misma manera que se habia principiado. No hay ejemplo de haberse entrado en un país, donde desde los romanos hasta nuestros tiempos todas las empresas militares han encontrado insuperables obstáculos, en un país herizado de fortalezas y defendido por cien mil valerosos soldados, ni de haberse ido á dar libertad á un rey aunque se hallara encadenado.